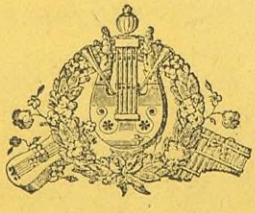
18134
9ª Teatros 12-74

¡VAYA UN ÁNGEL!

FARSA EN UN ACTO

POR

D. JOSÉ VILLAR SANCHEZ.



SEVILLA.

Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3.

1873.

8695
L47 - 6851

L47-6851
55-6ª

¡VAYA UN ÁNGEL!

Gª Junio 12
74

¡VAYA UN ÁNGEL!

FARSA EN UN ACTO

POR

D. JOSÉ VILLAR SANCHEZ.

La primera representacion tuvo lugar en el Coliseo de Variedades el 2 de Enero de 1873.

SEVILLA.

Imp. de Gironés y Orduña, Lagar 3.

1873.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUCÍA.	Srta. D.ª Emilia Tomé.
PETRA.	» » Cruz García.
ÁNGEL.	Sr. D. Juan José Gil.
MELITON.	» » Carmelo Moreno.
ENRIQUE.	» » Francisco Gomez.

Esta obra es propiedad del autor, quien perseguirá ante la Ley al que la represente ó reimprima sin su permiso.

La Galería Dramática de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, de Madrid, es la encargada de administrarla.

Queda hecho el depósito que marca la Ley para los efectos de la propiedad literaria.

ACTO ÚNICO.

Sala amueblada con puerta al fondo y laterales. Á la izquierda, en primer término, mesa de estufa con tapete hasta el suelo; encima un canasto chico con huevos y dos cartuchos de papel: en segundo término, ventana. Al fondo, y en primer término de la derecha, un arcon. En segundo término, un espejo. (Entiéndase siempre por derecha é izquierda la del espectador.)

ESCENA PRIMERA.

LUCÍA y PETRA.

PETRA. Le digo á usted que no aguanto más en esta casa; en cuanto venga su señor padre que me ajuste la cuenta y me voy.

LUCÍA. Pero Petra, por Dios....

PETRA. ¡Pues no faltaba más! Después que ese viejo roñoso y miserable me tiene hecha una momia, y sacándome á cada instante los colores á la cara, venir á insultarme de esa manera; á mí, que llevo diez años en la casa y soy incapaz de tomar ni esto. (*Llevándose á los dientes la uña del pulgar.*)

LUCÍA. Hazlo por mí, Petra, no te vayas.

PETRA. Pues si no fuera por usted, ¿cómo en el mundo habia de parar aquí ni un cuarto de hora? ¡Ay! Si su madre de usted levantára la cabeza y viera

lo que está pasando, se moria de vergüenza.

LUCÍA. No te vas ¿es verdad? Vaya, dime que te quedas.

PETRA. Pero señorita....

LUCÍA. Quédate, Petrita.

PETRA. ¡Jun! Me quedaré.

LUCÍA. Dame un abrazo.

PETRA. Por usted me haria trizas, porque es usted tan buena como lo fué su señora madre, pero por su papá....

LUCÍA. Vaya, no pienses ahora en eso; dime, Petrita, ¿has visto á...?

PETRA. ¿Á don Enrique? Sí señora, le ví esta mañana, y por cierto, que me dijo lo bien que ha salido en los *desámenes* de médico.

LUCÍA. ¡Ay qué gusto!

PETRA. Yo le dije que viniese por aquí á ver á usted, porque mi señor iria á misa como de costumbre y sería fácil proporcionarle una entrevista: aguarde usted *(se asoma á la ventana)*; todavía no ha llegado.

LUCÍA. Pero mujer, ¿para qué le has prometido eso?

PETRA. ¿Pues qué queria usted que hiciera? ¿Acaso don Enrique no es una persona digna de entrar aquí? ¡Vaya, vaya!

LUCÍA. Sí lo es, pero figúrate que viene mi padre y nos sorprende....

PETRA. ¿Y cómo? Eso sería bueno si yo no me pusiera de centinela en la ventana; usted déjeme á mí, que yo bien sé lo que me hago.

LUCÍA. Vaya por Dios, mujer; muchas veces pensamos hacer un bien y resulta un disparate.

PETRA. ¡Qué disparate ni qué ocho cuartos! *(Vuelve á asomarse.)* Yá está aquí; suba usted, don Enrique.

LUCÍA. Eso es; y ahora que venga mi padre y nos atrape juntos.

PETRA. Lo que yo sentiria en lugar de usted, sería no tener un vestido de moda para recibir á don Enrique. No parece sino que su señor padre no tiene ni donde caerse muerto. Voy á abrir.

LUCÍA. Esta Petra es el demonio; por supuesto que debo estar como la grana.

ESCENA II.

DICHOS y ENRIQUE.

PETRA. Entre usted, don Enrique. (*Vase á la ventana.*)
ENRIQUE. Adorada Lucía, cuánto celebro este momento que nos proporciona la amable Petra.
LUCÍA. Sí, buena alhaja es: comprometerme de este modo....
ENRIQUE. (*Arrimando sillas y sentándose.*) No temas; tu padre no vendrá tan pronto como crees; há poco le ví entrar en la iglesia.
LUCÍA. Sin embargo, cuando una está más descuidada no parece sino que el demonio lo hace. (*Con inquietud.*)
ENRIQUE. Repito que puedes estar tranquila; vaya, alégrate, porque tienes á tu lado todo un médico, que fiel á su palabra, hoy mismo le hablará á su tio para que venga á pedir tu mano.
LUCÍA. Esa noticia me llena de placer; ¡deseaba tanto que concluyeras felizmente la carrera!
ENRIQUE. Pues yá ves que tus deseos se han realizado; pero Lucía, por Dios, no estés tan inquieta.
LUCÍA. Quisiera explicarte mi situacion en este momento; la dicha de verte á mi lado, el temor de que mi padre llegue, la....
ENRIQUE. No te apures, mujer; si cuando él venga yá yo estaré en la calle: debes estar sufriendo mucho.
LUCÍA. Lo sentiria por tí.
ENRIQUE. Vamos, sosiégate; á ver el pulso.
LUCÍA. Yá estoy tranquila.
ENRIQUE. (*Pulsándola.*) Un poco frecuente.... (*La besa la mano.*)
LUCÍA. No seas atrevido.
ENRIQUE. Para que te se quite la agitacion. No hay cosa mejor que llamar el miedo á las manos.
PETRA. ¡Ay, el amo!
LUCÍA. ¡Ay Jesus! ¡ay Jesus! (*Levantándose.*)
ENRIQUE. Quietas, quietas, no apurarse (y no me llega la camisa al cuerpo). (*Suena un campanillazo.*)

PETRA. Venga usted, don Enrique; entre usted en mi cuarto y no se mueva hasta que le avise. (*Suena otro campanillazo.*)

ENRIQUE. No alterarse, no alterarse. (*Entrando en la habitacion de la izquierda.*)

LUCÍA. ¡Dios mio, qué compromiso!

PETRA. Usted váyase allá dentro y déjeme sola con su papá. (*Redoble prolongado de campanilla.*)

LUCÍA. ¡Jesus qué desgracia! (*Váse por la derecha.*)

PETRA. Ahora, abrirémos. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA III.

PETRA y ÁNGEL que entra precipitadamente y tira el baston con rabia.

ANGEL. ¿Por qué no has abierto en seguida?

PETRA. Si estaba allá dentro arreglando la habitacion de usted.

ANGEL. Y esa ventana ¿por qué se encuentra de par en par?

PETRA. Así se ventila la sala.

ANGEL. Pues ciérrala en seguida: cualquier ratero que pase por la calle y le dé gana de subir por la reja, nos deja en cueros. Tráeme la bata y el gorro. (*Petra se vá por la derecha.*) Estoy convulso, aterrado; acabo de ver en esa esquina un negro como el demonio, que me echó una mirada espantosa, con unos ojos, así, como de tigre.... ¡jun! si será algun asesino pagado para.... ¡jen, jen! (*Demostracion de puñaladas.*) La gente sabe que tengo dinero, que aquí no hay más hombres que yo, y nada tiene de particular que algun malvado piense quitarme de enmedio. Es preciso ojo, mucho ojo; por fortuna, esta Petra es más fiel que una balanza; ¡jun! (*Entra Petra con la bata y el gorro.*) Toma, tira de esta manga.... con cuidado, Perica....

PETRA. (Yá empieza á insultarme.)

ANGEL. Si me haces un siete ó un descosido, te lo desquito del salario; anda, anda.... Pero mujer, ¿qué estás haciendo?

PETRA. Tirando.

ANGEL. ¡Fuego de Dios! Mira, vé á tirar de una carreta; suelta.

PETRA. (Anda que te lleve el demonio.)

ANGEL. Yo solo me basto; ¿lo ves? ¿lo ves?

PETRA. Sí señor, yá lo veo; (así te viera tullido.)

ANGEL. Pues yá lo sabes para otra vez; luégo dicen que tengo mal génio, que soy insufrible, que siempre estoy rabiando. ¡Yo! yo que me llamo Angel, que soy un bendito; vamos á ver, ¿y quién lo dice? Una fámula.

PETRA. ¿Eso es por mí?

ANGEL. Sí señora, por usted.

PETRA. Pues yo no soy *fábula* como usted me llama, sino una sirvienta muy honrada ¿está usted? y que puedo llevar mi cara así ¿está usted? y que en mi vida....

ANGEL. Vamos, calla y no seas doméstica.

PETRA. La *monéstica* lo será usted.

ANGEL. ¿Quién, yo? Pues si eso es propio de una Maritornes como tú.

PETRA. ¡Yo *Mali.... Malilones!* Vaya, señor, que esto sólo me faltaba.

ANGEL. Anda, anda; vé y dile á Lucía que venga.

PETRA. Yá voy, yá voy. (¡Que no reventáras, viejo del demonio!) (*Váse por la derecha.*)

ESCENA IV.

ANGEL.

Pues señor, gran negocio se me presenta; mi amigo don Meliton quiere casarse con Lucía; y si bien es cierto que cuenta yá setenta años y padece de bronquitis, tambien es verdad que tiene mucho de esto. (*Restregando los dedos índice y pulgar.*) El pobre está bastante acabado, y con el dichoso matrimonio se las lía para el otro barrio más aprisa que contarlo. Mejor que mejor; con eso mi hija quedará heredera de una gran parte de su caudal, que vendrá á aumentar el mio. ¡Cuando digo que es negocio!

ESCENA V.

ANGEL y LUCÍA.

LUCÍA. (*Mirando desde la puerta y mostrando recelo.*) ¿Me llamaba usted, papá? (*Con gazmoñería.*)

ANGEL. Sí, hija mia; tengo que hablarte de un asunto muy importante.

LUCÍA. (¿Habrá visto á Enrique?)

ANGEL. Vén acá, siéntate. (*Se sientan.*) Vaya, mírame á la cara. (*Se pone á reir.*) ¿No ves? (*Sigue la risita.*)

LUCÍA. No adivino....

ANGEL. Mira.... mira.... (*Sigue riendo.*)

LUCÍA. ¿Que está usted contento?

ANGEL. Como unas pascuas.

LUCÍA. Me alegro mucho.

ANGEL. Más te alegrarás cuando sepas que vas á ser feliz. (*Petra sale por la derecha, entra en la izquierda y sale conduciendo á Enrique al fondo.*)

LUCÍA. (No hay duda, ha visto á Enrique.) ¿Y cómo, papá?

ANGEL. Casándote.

LUCÍA. ¿Y con quién? ¿con quién?

ANGEL. ¿No lo dije? ¡Si sabré yo lo que tú quieres!

LUCÍA. ¡Ay, papá de mi alma, qué gusto!

ANGEL. Mira, el hombre que te he destinado te adora, te idolatra; es alegrillo, eleganton, y sobre todo, muy rico.

LUCÍA. (Enrique es.)

ANGEL. Dentro de un momento le tendrémos aquí; estoy seguro que te agradará; pero.... noto que no estás vestida como para recibirle; anda, anda, vé y ponte otro traje.

LUCÍA. ¡Y si no tengo otro mejor que éste...!

ANGEL. Es verdad; no importa; mira, ahora las señoras gastan unos abrigos de paño, encinturados, así como un gaban.

LUCÍA. Sí, sí, yá los conozco.

ANGEL. Pues bien; como no hay tiempo de encargar uno para esta ocasion, me parece oportuno que te pongas mi levita.

LUCÍA. ¡Pero papá! Una levita de hombre....

ANGEL. ¿Y eso qué tiene de particular...?

LUCÍA. Pero si me arrastra.

ANGEL. Mucho mejor; vestido que no barre el suelo no es elegante; de todos modos no te la pondrás más que por un breve instante, porque don Meliton se irá en seguida.

LUCÍA. ¿Don Meliton?

ANGEL. Sí, hija mia, el que vá á ser tu esposo.

LUCÍA. ¡Nunca!

ANGEL. ¿Eh? ¿Qué es eso de nunca? Cuidado conmigo...

LUCÍA. ¡Perdon, papá! Pero si usted me casa con ese hombre voy á ser muy desgraciada.

ANGEL. ¡Muy desgraciada! (*Remedándola.*) ¿Qué sabes tú lo que te pescas? Anda, anda, déjate de lloriqueos y ponte la levita. ¡Cuántas quisieran otro tanto!

LUCÍA. (Primero me matan que casarme con ese hombre.) (*Váse llorando por la derecha.*)

PETRA. (*Desde el fondo.*) Don Enrique me lo ha contado todo, no tengas cuidado, viejo roñoso, que no te saldrás con la tuya. (*Entra en la izquierda.*)

ANGEL. Lo de siempre; cuando se las habla de matrimonio se echan á llorar, y después.... después se desternillan de risa. ¡Perica! ¡Pericaaa!

ESCENA VI.

ANGEL y PETRA.

PETRA. (*Saliendo por la izquierda.*) (¡Jesus qué boca!) ¿Mande usted?

ANGEL. ¿Has traido la compra?

PETRA. Sí señor, aquí está. (*Señalando la estufa.*)

ANGEL. Vamos á verla; no te olvides de buscar una tablita para tapar el agujero de la despensa; hay un maldito raton que todo se lo come.

PETRA. Venga el dinero.

ANGEL. ¿Dinero? Vamos, tú deliras.
PETRA. Pues entónces, ¿cómo quiere usted que la compre?
ANGEL. Pídela al carpintero y te la dará de balde.
PETRA. Sí, ¡como él las recibe regaladas!
ANGEL. ¡Sea todo por el amor de Dios! Toma, mujer; toma un ochavo y no te olvides de pedir la vuelta. Vamos á ver; uno, dos, cuatro, seis (*contando los huevos de la canasta*), media docena de huevos.
PETRA. Justamente: lo que usted me dijo.
ANGEL. Veamos si son de recibo. (*Saca del bolsillo una tablita chica, con un agujero enmedio, y vá pasando por él los huevos.*) Este pasa, este tambien, este nó, este sí, este nó y este sí; toma, devuelve estos cuatro huevos á la tienda y que los cambien.
PETRA. ¡En mi vida he visto otra! Yo no devuelvo esos huevos porque son muy retebuenos.
ANGEL. Pero demasiado chicos: ¿no ves cómo pasan? ¿no ves?
PETRA. Cuando el Gobierno decrete esa tablita entónces los devolveré.
ANGEL. ¡Válgame Dios y qué poco miras por la casa! ¿Qué es esto?
PETRA. Una cuarta de betun.
ANGEL. ¿De betun?
PETRA. Sí señor, porque esa tierra negra no merece el nombre de azúcar.
ANGEL. ¡Qué entiendes tú de estas cosas! El azúcar cuanto más moreno endulza mejor.
PETRA. Porque usted lo dice.
ANGEL. Bueno, bueno; dejémonos de cuestiones que á nada conducen. Pues señor, una cuarta de azúcar son doce cucharadas, que entre tres, tocan á cuatro; de modo que hasta el juéves no hay que comprar otra.
PETRA. ¡Y que esté yo aguantando estas majaderías!
ANGEL. ¿Cuánto hay aquí?
PETRA. Una libra de garbanzos.
ANGEL. ¿Una libra? Pero mujer, ¿no te dije que media?
PETRA. No me acuerdo.

ANGEL. ¡Bueno está! Tira, mujer, tira el dinero que tanto sudor me cuesta.
PETRA. (¡Qué miserable!)
ANGEL. En una libra de garbanzos entran novecientos próximamente, que repartidos entre tres, tocan á trescientos ménos un pico, de modo que tenemos provision para cuatro dias ¿no es eso?
PETRA. ¿Y no se le cae á usted la cara de vergüenza?
ANGEL. ¿Á mí? No lo creas; mira ¿ves cómo gira? ¿ves? (*Moviendo la cabeza.*)
PETRA. (*Santiguándose.*) ¡Bendito sea Dios!
ANGEL. Yá yo sé que te se han pegado las malas mañas de mi difunta esposa; pero ni por esas lograrás incomodarme. Anda, anda, arregla esas sillas, no vaya á venir don Meliton y se encuentre esto revuelto. (*Llaman.*) ¿Eh? Han llamado, ese debe ser don Meliton; abre en seguida. (*Petra váse al fondo.*) Á la gente de dinero no hay que hacerla esperar. Este canasto aquí. (*Oculta el canasto bajo la estufa.*) Así.

ESCENA VII.

ANGEL y MELITON.

ANGEL. ¡Señor don Meliton!
MELITON. ¡Mi querido amigo don Angel! (*Coloca el sombrero sobre la estufa.*)
ANGEL. Está usted hecho un pollo. (*Se sientan.*)
MELITON. ¡Gracias! ¡Jem! ¡jem! lo mismo digo.
ANGEL. ¿Cómo vá de la bronquitis?
MELITON. ¡Jem! No es bronquitis; un ligero resfriado que cogí anoche.
ANGEL. (Sí, que te dará la puntilla.) ¡Yá, yá!
MELITON. Estoy perfectamente.
ANGEL. Me alegro, hombre, me alegro.
MELITON. ¿Y de nuestro asunto, qué tenemos?
ANGEL. Todo vá á las mil maravillas.
MELITON. ¿De véras? (*Con extremado gozo.*) ¿Consiente por fin?
ANGEL. Pues yá lo creo: si está enamorada de usted co-

mo una tonta. (¡Cómo se le cae la baba al niño!)

MELITON. Don Angel, permítame usted que le abrace.

ANGEL. Con mil amores. (¡Si te pudiera romper la espinilla!) (*Se abrazan.*) Fuerte.... fuerte....

MELITON. ¡Jem! ¡jem! Basta.... bastaaaa...!

ANGEL. (¡Maldita bronquitis! ¡Pues no me ha llenado de saliva la cara!) Es un placer estrechar á los amigos que se quieren de corazon.

MELITON. Sí, sí, y hoy que escasean tanto.

ANGEL. No hay más que perfidia, señor don Meliton, perfidia y nada más.

MELITON. Es muy cierto; pero.... volviendo á nuestro asunto, ¿qué dote piensa usted ceder á la niña?

ANGEL. Hombre.... (le voy á dar un sopapo...!)

MELITON. Alguna cosita es menester que lleve.

ANGEL. Sí, sí; (otra te voy á propinar que no te gustará mucho.)

MELITON. Con que....

ANGEL. (¡Ah, qué idéa!) Pues sí señor, ¿le parece á usted bien treinta mil duritos?

MELITON. ¡Mi querido papá suegro! Es usted un ángel.

ANGEL. ¡Qué, hombre! Treinta mil duros....

MELITON. Son quince mil pares de duros ¿no es eso?

ANGEL. Cabalito: yá usted sabe que ella es trabajadora, activa, madrugadora....

MELITON. ¡Oh! en cuanto á eso no hablemos una palabra.

ANGEL. Se parece al camaleon.

MELITON. ¡Demonio!

ANGEL. Quiero decir, que apénas come; de modo que solamente en principios, postres, café, dulces y otras golosinas le reporta á usted un beneficio anual de veinte mil reales.

MELITON. No hay duda, si come poco....

ANGEL. Poquísimo: vamos á otra cosa; yo la tengo educada como si fuera una monja, asi es que aborrece el lujo.

MELITON. Eso es muy bueno.

ANGEL. Y tan bueno; como que le ahorrará á usted de vestidos, joyas y demás gastos, lo ménos treinta mil reales al año.

MELITON. Y se queda usted corto, don Angel, se queda usted corto.

ANGEL. Tampoco es amiga de bailes, teatros ni diversiones.

MELITON. ¡Magnífico, magnífico!

ANGEL. Con lo que se evita usted de gastar lo ménos diez mil realitos ¿eh?

MELITON. ¡Quién lo duda!

ANGEL. Pues bien, tire usted la cuenta; mil duros en comida, mil quinientos en trajes y joyas, y quinientos en diversiones, son tres mil duros al año; supongamos que viven ustedes diez años, y entónces resultan justamente los treinta mil duros de dote; me parece que la cuenta está exacta. ¿Se asombra usted?

MELITON. Nó, hombre, nó, yo qué me he de asombrar. (¡Valiente matemático es mi papá político!)

ANGEL. Además, tenga usted presente que mi hija es jóven, bonita y bien educada, y que mirará por la casa tanto ó más que usted.

MELITON. Conforme, conforme.

ANGEL. Vá usted á verla ahora mismo.

MELITON. No se moleste usted, señor don Angel..

ANGEL. ¡Qué, hombre! Entre nosotros debe haber completa confianza. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA VIII.

MELITON y PETRA.

(*Miéntras el monólogo de Meliton, Petra entra de puntillas por el fondo, se acerca á la estufa, y en el pañuelo de Meliton, que debe ser de color oscuro y estará metido en el sombrero, le echa unos polvos de carbon.*)

MELITON. ¡Anda con Dios! De todos modos salgo ganando; porque lo que yo necesito es una mujer que me cuide con interés y ninguna mejor que Lucía; ¡jem! ¡jem! Esta bronquitis me asesina. Ella no traerá dote, pero es bonita (*con voz fina y melosa*), graciosa, seductora....

—Oh, Luchía, sí, Luchía (*Cantando.*)
Del alma enamorata....

PETRA. (No te saldrás con la tuya, viejo estafermo.)(¡Ay, señor don Leviton!

MELITON. ¿Eh? Meliton, mujer, Meliton.

PETRA. Pues señor don Melindron, yo no sé qué tiene mi amo hace dos dias.

MELITON. ¿Qué dices?

PETRA. ¡Ay, señor! Eso del veneno me trae asustada.

MELITON. ¿Del veneno? ¡Caramba! Explícate, muchacha.

PETRA. Dios mio, no me atrevo....

MELITON. Nada, nada, yo soy muy reservado; descuida, que nadie sabrá una palabra de lo que me digas.

PETRA. Pues siendo así, sepa usted que mi amo cuando está solo, todo se le vuelve decir:—Le echaré veneno (*con acento lúgubre*), y así se morirá en seguida; él mismo vendrá á caer en mis redes.

MELITON. ¿Y por quién lo dice?

PETRA. Eso es lo que yo no sé.

MELITON. ¡Canario! ¿Si seré yo la víctima? Mira, casta doncella, ¿no podrias ocultarme en alguna parte desde donde pueda oir sin ser visto?

PETRA. ¡Como no se meta usted debajo de esta mesa!

MELITON. En verdad que la cosa bien merece la pena de saber lo que intenta mi futuro suegro. ¡Ah, malvado! Eres viejo y no te creo; sabes que soy rico y deseas quitarme del mundo para que tu hija me herede; mira, casta diva, voy á ocultarme, y si viene tu amo dile que he salido y vuelvo en seguida. (*Coloca el baston sobre la estufa.*)

PETRA. Sí señor, sí; yo tambien deseo saber si es á mí á quien quiere envenenar; pero límpiese usted el sudor, don Leviton.

MELITON. Meliton, hija, Meliton. (*Toma el pañuelo del sombrero.*)

PETRA. Por aquí, por aquí; déme usted el pañuelo. (*Acaba de tiznarle la cara.*) Así, yá está; éntre usted, y sobre todo cuidadito con meter ruido. (*Meliton entra en la estufa.*) (Ahora voy á hablarle á don Angel sobre el raton de la despensa para que le eche veneno, á ver si se lia con este pollo y le rompe la cabeza.) (*Váse por la derecha.*)

ESCENA IX.

MELITON y á poco PETRA y ANGEL.

MELITON. ¡Jem! ¡jem! Esta maldita tos me vá á delatar. ¿Qué diablos es esto? ¡Por vida del demonio! He roto los huevos de este canasto; lo pondrémos aquí para que no moleste. (*Coloca el cestillo fuera á la izquierda de la estufa.*) ¡Jem! Envenenarme: ¡digo! por fortuna llego á tiempo de evitarlo.

ANGEL. (*Entrando con Petra por la derecha.*) ¿Y dices que don Meliton se ha ido?

PETRA. Sí señor; un criado ha venido á buscarle para un asunto urgente, y al salir me dijo que volvia en seguida.

ANGEL. Bueno; pues vé entretanto á cuidar de que Lucía se vista como la dije.

PETRA. ¿De modo que yá no compro la tablita?

ANGEL. Nó, he pensado otra cosa; anda, anda, vete allá dentro.

PETRA. Deme usted dinero para....

ANGEL. ¡Que te vayas! (*Con furor.*)

PETRA. Yá, yá me voy. (Jesus qué génio!) (*Váse por la derecha.*)

ESCENA X.

ANGEL y MELITON.

ANGEL. (*Sentándose junto á la estufa.*) ¡Demonio de muchacha! Siempre pidiendo dinero, como si las monedas se encontráran á pedir de boca. Pero vamos á cuentas: hasta ahora he vivido tranquilo en esta casa sin que ninguno se me haya metido en la despensa; ahora viene éste á destruirlo todo y no hay más remedio que atraparlo.

MELITON. (*Asomando la cabeza por la izquierda.*) Sí, yá estás fresco.

ANGEL. Francamente, tenía pensado taparle el agujero.
MELITON. ¡Qué bárbaro, Dios mio, qué bárbaro!
ANGEL. Pero, por otra parte, ¿qué adelanto yo con meterle un tarugo?
MELITON. ¡Jesus qué atrocidad!
ANGEL. Nada, nada, lo mejor es el veneno.
MELITON. Sí, con eso reviento más pronto.
ANGEL. Pero un veneno fuerte, instantáneo, que no le dé tiempo de huir.
MELITON. En cuanto pesque la puerta ni un cohete me alcanza.
ANGEL. Hoy mismo quedará preparado y es cuestion de poco tiempo; como llegue á caer.... (*Dá un fuerte puñetazo en la mesa.*)
MELITON. ¡Jem! ¡maldita tos!
ANGEL. (*Dando un salto.*) ¿Eh? ¿Quién anda ahí, canario? ¿Quién anda ahí? ¿Será un ladron? Ahora lo verémos. (*Coje el baston de Meliton y sacude un golpe en la estufa.*)
MELITON. ¡Ay! ¡ay!
ANGEL. ¡Ah, infame! ¡Sal de ahí, pronto, vive Dios!... (*Meliton sale de la estufa por la izquierda con las rodillas llenas de huevo.*) ¡Qué veo! ¡El negro de la esquina! ¡Mi escopeta! ¿Dónde está mi escopeta? (*Vase precipitadamente por la derecha.*)
MELITON. ¿La escopeta? ¡Caramba! ¿Si querrá ese bárbaro pegarme un tiro? ¿sí? pues aprieta. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA XI.

ANGEL, LUCÍA y PETRA.

(*Sale Angel precipitadamente por la derecha con una escopeta, Petra viene asida á la bata de éste, y Lucía vistiendo un leviton largo, asida al vestido de Petra.*)
ANGEL. ¡Dejadme! ¿Dónde estás, infame? ¡Sal, sal aquí, asesino...!
PETRA. ¡Pero señor, por María Santísima...!
LUCÍA. ¡Por Dios, papá...!
ANGEL. (*Registrando la estufa.*) ¡Oh rabia! Se me ha escapado.

LUCÍA. ¡Ay, ay! (*Desmayándose.*)
ANGEL. ¿Esto más? Anda, Petra, anda y trae un cubo de agua.
PETRA. ¡Qué desgracia! Voy corriendo. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA XII.

ANGEL y LUCÍA.

ANGEL. (*Abanicando con la falda de la bata á Lucía.*) Esto es para renegar hasta del moro Muza.
LUCÍA. ¡Ay! (*Suspirando.*)
ANGEL. Yá vuelve en sí. ¿Lucía? ¿Luciíta...?
LUCÍA. ¡Ay papá de mi alma!
ANGEL. Vamos, hija mia, vamos, si no ha sido nada; mira qué sereno estoy. (*Con risita atiplada.*) ¿Lo ves? (Y en este momento me están llevando veinticinco mil legiones de demonios.) La culpa de todo la tiene don Meliton, por haberse ido.
LUCÍA. Don Meliton.... don Meli.... ¡ay! (*Se desmaya.*)
ANGEL. ¡Por vida del demonio! Si esto es para desesperarse, para volverse loco, para....

ESCENA XIII.

DICHOS, PETRA y ENRIQUE.

PETRA. Por aquí, caballero. (*Entrando por el fondo.*)
ANGEL. ¿Quién es?
PETRA. El médico que usted me mandó buscar.
ANGEL. ¡Voto al chápiro! Esta fámula está loca.
ENRIQUE. Beso á usted la mano.
ANGEL. Sea usted muy bien venido.
PETRA. ¡Ay mi señorita de mi alma!
ENRIQUE. No se aflija usted, señora; esto no es más qne un ligero desmayo. (*Pulsando á Lucía.*) Traiga usted un vasito de agua.
PETRA. ¡Ay, sí señor! (*Váse por la derecha.*)
ANGEL. ¡Qué talento el de Petra! La mando por un

cubo de agua, y me trae nada ménos que un pozo de ciencia.

ENRIQUE. Caballero: esta señorita está grave.

ANGEL. Yá veo que no se rie.

ENRIQUE. No es eso lo que quiero decir; sino que esta señorita requiere sumo cuidado. La nostalgía está indicada.

PETRA. Aquí está, señor. (*Entrando con un vaso de agua.*)

ENRIQUE. Por fortuna traigo en el bolsillo unos polvos maravillosos, que impedirán por completo el desarrollo de la enfermedad. (*Echa unos polvos en el agua y aproxima el vaso á los lábios de Lucía.*) Yo mismo los he preparado.

LUCÍA. ¡Ay!

ENRIQUE. Yá vuelve en sí; vamos, beba usted otra poquita.

PETRA. (Todo vá divinamente.) (*Deja el vaso en la estufa y coloca en el suelo, detrás de Angel, un pañuelo blanco impregnado de harina.*)

ENRIQUE. Perfectamente; yá la sangre circula con libertad. (*Pulsando á Lucía.*)

ANGEL. ¿No hay peligro, doctor?

ENRIQUE. Así parece; pero es preciso que no se le hable de cosas que puedan hacerla sufrir.

ANGEL. Hoy ha entrado el diablo en esta casa. (*Repara en el pañuelo.*) ¿Lo ven ustedes? Petra, mira, mira el cuidado que tienes con las cosas.

PETRA. Este pañuelo es de usted. (*Examinándolo.*)

ANGEL. ¿Mio? Dámelo. (*Se limpia con él la cara.*) Está de Dios que todo me salga mal; hay dias aciagos, dias de prueba, y este es uno de ellos. Hombre.... ¿por qué el médico repara tanto en mí? ¿Estaré amenazado de alguna enfermedad peligrosa? (*Váse al espejo.*)

ENRIQUE. Es preciso que continúes fingiendo.

LUCÍA. Así lo haré.

ANGEL. ¡Dios mio! Si estoy como un difunto. (*Llorando.*)

PETRA. Si descubre que es harina lo que tiene en la cara, me rompe el hueso *malitones*.

ENRIQUE. Caballero, ¿me permite usted que le pulse?

ANGEL. ¡Ay, sí señor! (*Sentándose con abatimiento.*) Púl-

seme usted: yo estoy malo, muy malo; ¡pobre de mí! (*Con voz llorona.*)

ENRIQUE. (*Pulsándolo.*) No hay duda, los síntomas son exactos.

ANGEL. ¿Qué tengo, señor doctor, qué tengo?

ENRIQUE. Vá usted á ser atacado de una fuerte neurosis.

ANGEL. ¡Ay, Jesus! Entónces yá puedo encomendarme á Dios.

ENRIQUE. ¿Siente usted debilidad en las rodillas?

ANGEL. ¡Sí señor! (*Encoje las piernas y coloca los piés en el palo de la silla.*)

ENRIQUE. ¿Y temblor en las extremidades de los piés?

ANGEL. Tambien; un temblor nervioso que me electriza. (*Sube los piés hasta colocarlos en el asiento de la silla.*)

ENRIQUE. (¡Qué embustero!) Las orejas frias....

ANGEL. Como la nieve. (*Se encasqueta bien el gorro y se tapa las orejas con el cuello de la bata.*)

ENRIQUE. ¿Y las manos tambien?

ANGEL. Como un helado de fresa. (*Se esconde las manos en las mangas.*) ¡Ay! yá siento que el alma se quiere despedir á la francesa. Diga usted, señor doctor, ¿mandando á Petra que traiga otro vaso de agua, y echándole unos polvos como los que usted prepara, me pondré bueno?

ENRIQUE. Son ineficaces para la neurosis; pero no se apure usted por eso; poseo un secreto especial que yo llamo «el infalible;» voy á recetarlo. (*Se sienta á la estufa y escribe.*)

ANGEL. Prontito, doctor, prontito, no vaya á llevarme Pateta. ¡Ay!

PETRA. ¿Ve usted cómo triunfamos? (*Á Lucía.*)

LUCÍA. Todavía no podemos cantar victoria.

ANGEL. ¡Si al ménos dejára casada á mi Lucía con don Meliton!

ENRIQUE. Yá está; siento dejarles por un momento, pero tengo un enfermo ahí cerca que me precisa visitarle.

ANGEL. Que no deje usted de volver, señor doctor.

ENRIQUE. ¡Oh, descuide usted! Vuelvo al instante. (*Váse por el fondo.*

ESCENA XIV.

LUCÍA, PETRA y ANGEL.

PETRA. ¿Desea usted acostarse?
ANGEL. Todavía nó; vé por esa medicina á la botica.
PETRA. En seguida; voy por el manton. (*Vase por la derecha.*)
LUCÍA. Papaíto, ¿cómo se encuentra usted?
ANGEL. Muy malito, hija mia, muy malito; y tú, ¿cómo estás?
LUCÍA. Yo buena; mire usted (*remedando la risita de Angel*), ¿ve usted?
ANGEL. Sí, sí, yá veo; ojalá pudiera yo reirme tambien, áun cuando se me abriera la boca hasta las orejas.

ESCENA XV.

LUCÍA, ANGEL y MELITON.

MELITON. (*Entrando por el fondo con un garrote en la mano.*) Vengo por mi sombrero.
ANGEL. Don Meliton de mi alma: ¡cuánto celebro que haya usted venido!
MELITON. Sí, ¿eh? Pues me voy en seguida.
ANGEL. Pero hombre ¿viene usted loco?
MELITON. ¿Loco?
ANGEL. ¿Á qué son esos alardes de defensa?
MELITON. Me he afiliado en cierta compañía de caldereros, por si algun amigo necesita cardenillo para divertirse un rato, ó un garrote para hacer tarugos y tapar agujeros.
ANGEL. ¿Qué me cuenta usted?
MELITON. Lo que usted oye, amigo mio.
ANGEL. Pues hombre, le recomiendo á usted cierto negrito que se ha empeñado en dejarme sin un cuarto.
MELITON. (Yá comprendo por qué lo dice, como me tizné con el maldito brasero, me ha tomado por un

mandinga.) Será usted atendido, señor don Angel.

LUCÍA. Yo me retiro, papá.

ANGEL. ¡Cómo! ¿Estando aquí don Meliton? Pues no faltaba otra cosa.

LUCÍA. Es que yo detesto á ese señor.

MELITON. Hombre, ¿y era usted quien me decia que su niña me queria entrañablemente?

ANGEL. (¡Me partió!) Sí señor, y lo sostengo.

MELITON. Pues siga usted *sostenido,* que yo paso á ser *bemol.* (*Toma el sombrero y repara en la receta.*) ¡Calle! Esta letra.... ¡¡Dios mio!!

ANGEL. LUCÍA. ¿Qué pasa?

MELITON. (*Leyendo.* «Lucía está envenenada; ha querido usted casarla con un hombre á quien aborrece; y yo que soy su amante, prefiero verla muerta.»

ANGEL. ¡Ah, infame!

MELITON. ¡Vaya un sobrino que Dios me ha dado!

ANGEL. ¿Sobrino de usted?

LUCÍA. ¡Ay papá! Yo no sé qué tengo: siento un ardor....

ANGEL. ¡Hija de mi corazon! ¡Petra...! ¡Petraaaa!

MELITON. *¡Infeliche! Veneno bebesti; miserabel sobrino que hicesti.*

ESCENA XVI.

DICHOS y PETRA, y á poco ENRIQUE.

PETRA. ¿Qué manda usted, señor? (*Entrando por la derecha.*)

ANGEL. Corriendo, anda, busca un médico.

PETRA. Voy, señor. (*Váse al fondo.*)

MELITON. ¡Qué desgracia, hombre, qué desgracia!

PETRA. Aquí está.

ANGEL. ¡Ah, infame! Vén, vén á gozarte en tu obra.

MELITON. ¡Matasanos habias de ser, desventurado!

ENRIQUE. Señor don Angel, estoy pronto á salvarla con un contraveneno si usted me concede su mano.

ANGEL. Ande usted, hombre, ande usted y luégo pida cuanto quiera.

ENRIQUE. En ese caso espero que usted (*á Meliton*) desista por su parte de sus pretensiones.
MELITON. Y cuenta además que yo pago todos los gastos.
ENRIQUE. Pues siendo así, tranquilícense ustedes, porque yá está fuera de peligro.
ANGEL. ¿Sin el contraveno?
LUCÍA. No es preciso, papá, por que lo que yo tomé fué agua con azúcar.
ANGEL. ¿De modo que todo ha sido una farsa?
PETRA. Sí señor.
ENRIQUE. Crea usted que la haré feliz.
ANGEL. Así lo espero: y yo agradecido á tan buenos sentimientos, la cedo un dote muy bonito.
MELITON. ¿Como el que usted me prometió?
ANGEL. Nó señor, sino en metálico y á toca teja.
LUCÍA. }
ENRIQUE. } ¡¡Papá, papá!! (*Abrazándolo.*)
ANGEL. (¡Lo que hace el dinero!) Vaya, hijo político, voy á hacerte un regalito especial.
ENRIQUE. Señor, tanta bondad....
ANGEL. Aquí lo tengo. (*Se dirige al arcon y toma un saco.*)
MELITON. ¿Será algun tarugo?
ANGEL. Toma, niño.
ENRIQUE. ¿Y esto, qué es?
ANGEL. Abrelo y verás.
ENRIQUE. Veamos: (*Abre el saco y extrae un par de botas.*)
MELITON. }
PETRA. }
LUCÍA. } ¡Un par de botas!
ENRIQUE. }
ANGEL. Sí señor, un par de botas, que son dos botas.
MELITON. ¿Y se puede saber con qué objeto hace usted un regalo de tanta importancia?
ANGEL. Con el de que nadie, absolutamente nadie tenga derecho á decir que el que se ha casado con mi hija no se ha puesto las botas. Yá usted lo sabe.
MELITON. Bueno, hombre, bueno; por eso no se incomode usted.
ANGEL. ¿Yo incomodarme? Si soy un ángel: mire usted (*con risita atiplada*), ¿ve usted? Ustedes sí que están más sérios que ocho cuartos.

MELITON. ¿Nosotros? Mire usted, hombre, mire usted. (*Se rie y lo mismo hacen Petra, Lucía y Enrique.*)

ANGEL. Me alegro, hijos mios, me alegro que esteis tan contentos.

Público amigo y señor,
Si molestia no te causo,
Permite que por favor
Aspire á un dote mejor
Para mi hija:—Un aplauso.

(*Cae el telon.*)

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Donde ménos se piensa.... zarzuela en un acto.
Dádivas quebrantan peñas, zarzuela en un acto.
La música ratonera, farsa en un acto.
El viajero, farsa en un acto.